

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7,50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 24.

Sevilla.—Martes 29 de Enero de 1901

AÑO XXV.

El servicio obligatorio

Lo estableció la República y nuestros enemigos lo pusieron en solfa, tratando de desacreditarlo como todas las instituciones democráticas.

El Estado Mayor general del Ejército fué su mayor enemigo, y procuró hacerlo imposible en la práctica, separando del cuartel y de las obligaciones del soldado á todos los afortunados hijos de nobles, magnates y personas pudientes de notoria y triste influencia. Los soldados privilegiados que no pasaban á la categoría de asistente de algún general ú oficial superior, obtenían baja en el cuerpo con un motivo cualquiera ó por causa insignificante. Sucedió el famoso golpe del 3 de Enero, y el Gobierno presidido por el duque de la Torre se apresuró á derogar la ley republicana, y restableció la redención á metálico, mediante la cantidad de dos mil quinientas pesetas, que, reunidas en brevisimo período de tiempo tres quintas numerosísimas, ingresaron millonadas en el Tesoro, cuyo destino no se justificó cumplidamente, y hasta que la restauración, en sus primeras Cortes, redujo el tipo de la redención, así vino haciéndose.

Fué algún tiempo programa del partido liberal el servicio general obligatorio. Los conservadores lo anunciaron por órgano de sus ministros de la Guerra, pero ni liberales ni conservadores llegaron á la ansiada reforma, por las mismas causas, por los mismos inconvenientes con que lucha aquí todo lo que pueda informarse en un principio de equidad y de justo equilibrio en las relaciones de la vida nacional.

En la época de la regencia se han presentado diferentes proyectos, que jamás han llegado ni á discutirse, suerte que correrá el del general Linares, si es que antes no sobreviene una crisis que bote fuera del Ministerio al que parece que acumula materiales para presentar el proyecto del servicio general obligatorio.

Es verdad que las circunstancias han variado mucho desde 1873 hasta la fecha; que nuestra patria ha sufrido tremendas mutilaciones, que acaso no hubieran sobrevenido de haber continuado en vigor la republicana reforma; pero también es cierto que las condiciones de nuestro Ejército reclaman una reforma trascendental de general á bajo, y que no bastaría hoy el servicio obligatorio si previamente no se reforma la manera de ser del Estado Mayor, y se crean oficiales en consonancia con las exigencias de nuestra casa salariegua, reducida á los límites estrechísimos del hogar.

Las naciones guerreras tienen que concluir en un período relativamente breve. El inadecuado afán de conquistas y de ensanche de territorios es hoy punto menos que imposible en Europa. Nosotros ya no podemos aspirar á engrandecernos por las armas. Nuestro destino, si ha de cumplirse, ha de responder más bien á una labor inteligente y continua en el orden intelectual y el puramente comercial con América y Africa, dando completa quietud á las armas.

Por esto nuestro Ejército debe tener un sabor local y una misión puramente nacional para defender el territorio, ó en momentos dados para sostener los derechos de la nación, de los ciudadanos, cuando estén perfectamente establecidos; hoy nada se logrará con esta ni con la otra reforma; el servicio obligatorio, si viene, será para los pobres, para los desnudos de influencia, y de fortuna, para los hijos de Juan Español, no para los del duque, ni para los del senador, ni para los del capitalista, ni para los del banquero, ni para los del político influyente ó los del afortunado cacique.

Por esto no debemos hacernos ilusiones de lo que proyecta el fecundo ministro de la Guerra; quien sirva de buena fe, como hay que suponer, no conoce los verdaderos obstáculos que la naturaleza misma del régimen opone á toda reforma que mañana pudiera significar algo que no fuera muy afecto al Gobierno del rey.

Por eso ni Sagasta, ni Cánovas, ni Silvela, ni ninguno de los políticos que han estado en situación de hacerlo, ha llegado á la reforma, consintiendo, en cambio, que hacinados atravesaran el Atlántico en nuestros buques mercantes aque-

llos infelices soldados que allí han quedado sepultados en las que fueron nuestras colonias, para servir de alimento sus restos preciosos á la agricultura y á la producción del incuo vencedor del Gobierno de Madrid, que no del pueblo español; porque aquellas guerras en que se derramó sangre española, en que España sufrió el más grande descalabro del pasado siglo, fueron concertadas y arregladas en las cancelerías, no en los campos de batalla.

Tenga, pues, entendido el pueblo que la reforma con que se le brinda constituye otra nueva y más sangrienta burla, porque el proyecto pasará al olvido; y si fuese convertido en ley, la más irritante desigualdad imperaría en su ejecución, y vendría á pagar siempre el pueblo, que sufre las depredaciones y la carga de los señores modernos, peores que los que ceñían espada en la Edad media.

A. A.

Murmuraciones

La alta política—porque ya hemos quedado en que la política que hacen en Madrid los señores es alta, por aquello de que los ministros están en el piso alto—está por hoy circunscripta á los decretos que manda á la Gaceta el señor Linares, ministro de la Guerra.

Hasta la hora presente, espadas y capuchas son triunfos. El general Borrero ha pasado al servicio activo, y como quiera que este general—en tiempos más felices—tenía una significación algo levantisca, de ahí que entre los amigos del Gobierno se haya levantado alguna marejada.

Marejada que resulta una solemne tontería, porque ya es sabido que el tiempo de los hombres revolucionario ha pasado para no volver. Esa es una escuela como otra cualquiera para buscarse por medio de los desplantes lo que no se atreven á ganar por la fuerza de los merecimientos.

En estas situaciones inequívocas, basta echarles, á los que se presumen pudieran variar el curso de los acontecimientos, algunas migajas de la mesa del presupuesto, para poder vivir en santa paz y sin miedo alguno.

Los agradecidos comen y callan y dejan hacer... y aquí no ha pasado nada.

Además del nombramiento de Borrero, ahora se habla de la destitución del general Borbón y Castelví, hijo del que fué infante don Enrique.

Por lo que se ve, la familia no está en muy buenas relaciones.

Para celebrar la boda de la augusta princesita se organiza un gran festejo que ocasionará gran risa Don Tancredo, el personaje que está de moda en la rica villa y corte de la España, dará una grande corrida para que todos los grandes presencien con largas risas su actitud de mamarracho puesto á la orden del día... ¡Viva España sin colonias, pero con sus princesitas!

El monumento que trata de elevarse en la Catedral de Sevilla para que en él se conserve el puñal de huesos que, desde la Habana, nos remitieron hacia acá facturados con el nombre supuesto de restos de Cristóbal Colón, está dando que hablar y que discutir.

En Sevilla nadie se acuerda de Colón, ni de sus restos, ni del monumento; pero basta que á cualquiera se le ocurra decir algo acerca de él, obediendo insinuaciones interesadas, para que se arme la polvareda.

¡Y ya se armó! El Cabildo Catedral se quita el monumento de encima y se lo echa á Mérida, el autor del proyecto.

Mérida, por su parte, se sacude las moscas y le da un trastejo, primero al Cabildo, del que dice que le regateó el sitio apropiado, porque dicho artista estaba empeñado en que el monumento estuviera dentro de la sacristía mayor para evitarle las profanaciones de las beatas incultas; y segundo, le da otro trastejo al Ayuntamiento de Sevilla, porque se comprometió al principio á costear un monumento de treinta y siete mil pesetas, y después, y en vista de que los restos que han llegado, lo mismo pueden ser de Colón que del *neguilo* Domingo, se arrepintió—y yo creo que hizo bien—y decidióse por uno aseado y baratito.

En esta situación, el celebrado artista Mérida, que siente el arte con arreglo al número de pesetas de que se puede disponer, se dijo:

—El monumento de las treinta y siete mil pesetas lo hubiera hecho enseguida, porque valía la pena inspirarse; pero el monumento de á perra grande me cuesta trabajo. Esperemos á ver si entra de Alcalde un amigo, ó un enamorado del arte, y el municipio sevillano cambia de opinión.

Y así se lo cuenta á *El Liberal* de Sevilla, con esta interrogación:

«¿Tiene, por el contrario, indicio de que Sevilla vería con gusto que el Cabildo llevara las reliquias de Colón á la sacristía mayor, y un Ayuntamiento gastara treinta y siete mil pesetas en instalarlas con grandeza? Ayúdeme entonces en mi empresa, no por más atrevida menos notable.»

Y aquí es donde *El Liberal*, para estar á la altura de su misión, debería de contestar:

—Todos los indicios que tengo son: Que á Sevilla le importa un rábano una cosa ó la otra. Que el Ayuntamiento de Sevilla necesita las treinta y siete mil pesetas de marras para gastarlas en cosas de mayor utilidad. Que no hay un sevillano que se haya creído que la cajita que con tanto aparato trajeron contenga ni siquiera el dedo meñique del gran Almirante. Y que... después de haber perdido España el mundo descubrió á beneficio de los ladrones de la península é islas adyacentes... tanto le da lo uno como lo otro, pero siempre se inclina hacia el lado más barato.

Dejemos, pues, los restos en donde se hallan, y veamos la manera de que se abarate el pan en beneficio de los pequeños navegantes que todavía no han podido descubrir un kilo de carne en el puchero.

**

Dice *El Globo* que...

«La elección del Sr. Ruiz Martínez en Sevilla es una prueba de que cuando no se entorpece por los gobiernos la sinceridad electoral, los pueblos saben dar gallarda muestra de organización social y política.»

Pues eso que dice *El Globo* es una falsedad manifiesta.

Los pueblos no dan pruebas gallardas ni de ninguna otra clase.

Los pueblos no se ocupan en eso para nada.

Son los caciques los que se lo guisan y se lo comen.

En Sevilla ha sido nombrado senador el señor Ruiz Martínez, como lo hubiera sido el señor Pérez Ruiz ú otro cualquiera.

Ahora bien, si *El Globo* quiere venderle esa fineza á su correligionario, que se la venda.

Peró tenga entendido que el primero que no ha de creérsela será el agraciado.

Que no es tonto, y sabe sobradamente por qué artes políticas ha llegado á ser senador.

**

La Época afirma con mucho misterio que aún no se saben los nombres excelsos de los diputados que saldrán electos por nuestra Sevilla... ¿Tiene mucho empeño el viejo periódico quizá por saberlo? Yo se lo diría con mucho secreto. Puedo asegurarle uno desde luego: ¡un primo que tiene aquí don Tancredo, que desde la Corte nos traen impuesto!

¿Ustedes conocen un periódico que se publica en Madrid con el título de *Sablaos*, digo, de *Relieves*?

Pues bien, en ese periódico—que yo leo con muchísimo gusto porque me lo remiten gratis—se hace notable á todo aquel que quiera gastarse una módica cantidad.

Entre las últimas notabilidades que ha publicado, retratadas por supuesto—y esto ya significa que el interesado ha ajustado la notabilidad que han de concederle, ya sea de 1.^a, de 2.^a ó de 3.^a—figura nuestro Alcalde D. Fernando de Checa y Sánchez.

Verán ustedes qué gracioso resulta, y qué papel más ridículo le hacen representar. Comienza diciendo:

«Sevilla, la hermosísima capital andaluza que riega el abundoso Guadalquivir y corona la Giralda esbelta, la Giralda que sobre el espacio azul y purísimo de aquel cielo sereno y sin nubes se destaca semejante al penacho que corona á la sultana que se reclina sobre un campo de azahares, fué siempre cuna, y actualmente lo es, cuna de artistas y de hombres notables.»

Hasta aquí va poéticamente bien, porque aquí SOMOS muchos los notables.

Y sigue:

«Entre ellos debemos contar á D. Fernando Checa, que bien merece el calificativo de *sevillano ilustré*, por su amor á esta capital y por sus dotes envidiables de talento, honradez y laboriosidad.

D. Fernando Checa ocupa actualmente el elevado cargo de Alcalde Presidente del Ayuntamiento sevillano.

Más que cuanto pudiera trazar nuestra torpe pluma pueden decir cuantos conocen su gestión *provehosísima por muchos conceptos* para los intereses morales y materiales de aquella.»

El *aquella* este—como ustedes observarán—se refiere claramente á la *torpe pluma* del que escribe.

Y en eso es franco el escritor. Es agradecido y lo confiesa.

Y después sigue:

«Es el Sr. Checa JURISCONSULTO NOTABLE que ha obtenido grandes triunfos en los Tribunales, defendiendo CAUSAS CÉLEBRES, donde ha puesto de relieve su vasta cultura jurídica, su talento envidiable y su oratoria, modelo de corrección y de argumentación.»

Yo, que jamás he querido malamente al señor don Fernando—aparte las tonterías de la política, en la que el más avisado tropieza—confieso franca y noblemente que ahora me ha inspirado compasión.

Porque *eso* no es posible que lo haya *ajustado* el Sr. Checa, por mucha vanidad que se le reconozca.

Se han pasado, D. Fernando.

¿Usted... jurisconsulto notable? ¡Adios, Cortina!

¿Usted... defendiendo causas célebres?... Por Dios, D. Fernando, eso es una iniquidad.

Cuando le giren... rebájale siquiera una perrita gorda.

Le confieso á usted—aunque no lo crea—que he sentido que le pongan en ridículo.

Y que le cueste el dinero encima.

¿Cuándo publicará *Relieves* el retrato y las grandezas de *Pepitilla*?

CARRASQUILLA.

LOS REYES

Va siendo mal oficio el de monarca. Ya saben ustedes lo azarosa que es la vida del emperador de Rusia, objeto de continuas maquinaciones, apesar de lo muy numerosa é inteligente que es su policía y las muchas gentes que por simples recelos deporta á la Siberia. Ahora hemos tenido dos casos en que se mira á los reyes.

Eduardo VII, que acaba de subir al trono de Inglaterra, va en Londres á la estación Victoria con el objeto de dirigirse á Osborne, donde está aún sin sepultar su difunta madre. Le quiere entregar un hombre un documento, y al punto se le prende. Se hace desde luego sospechoso todo el que al nuevo rey se acerca, sin ser de su comitiva.

El presunto regicida resulta luego ser un devoto monárquico que en el temido documento solicitaba permiso para ver el cuerpo de *su bien amada reina*.

Aquí mismo se participa de esos terribles temores. El otro día paseaba Alfonso XIII en lancha por el estanque de la Casa de Campo, bien ajeno á que nadie pudiera atentar contra su vida. De repente suena en las márgenes un tiro. Alarma, confusión, espanto, y en Madrid misterios. ¿Será posible que haya odios contra un niño que no ha ejercido ni ha podido ejercer aún sus soberanas funciones?

El regicida resultó ser aquí un guarda que tenía el encargo de hacer cazadores los perros de una infanta, y para cumplirlo había disparado una escopeta contra un infeliz conejo.

Verdad es que no puede menos de traer aturridos y medrosos á ciudadanos y reyes el nada remoto asesinato de Humberto, el anterior rey de Italia. Todo es de temer en estos desdichados tiempos, apesar de la corriente espiritual que en todas partes notan hombres de tan profunda observación como el Sr. Silvela.

Quizá ustedes extrañen que, con ser tan precaria la vida de los reyes, aspiren tantos á serlo. ¡Es tan grato tener á sus plantas esas greyes que llamamos pueblos! Nos embarcamos apesar de los centenares de naufragios que en cada año ocurren, y subimos á los trenes de los ferrocarriles apesar de innumerables choques y des-

carrilamientos. ¿No ha de ser la ambición más osada?

F. PI Y MARGALL.

Hombres y mujeres

(O VICE-VERSA)

PARA GLORIA ROSALES.

Perdóneme usted, señorita, que suprima todo exordio y vaya derecho al grano. Debe usted suponer en mí cuanto respeto, consideración y cortesía, corresponden á un caballero; y así, es innecesario que yo use de frases galantes y requiebros vacíos. Al grano.

El artículo de usted trata de cuestiones que á todos debieran preocupar grandemente, porque no hay otras, acaso, de mayor importancia.

Investigar qué es la vida y querer comprenderla, también importa mucho; pero en tal misterio sólo á medias penetran, por adivinación poderosa, los grandes espíritus.

No obstante, urge más, en mi opinión, saber cómo son, piensan, sienten y obran los seres que nos rodean; aquellos de que necesitamos para todas las relaciones de la vida; aquellos por quien nos enriquecemos, cuyo afecto nos vale para confortarnos, cuya palabra despierta en nosotros ideas, sentimientos y afanes.

¿Cómo son los hombres que tratamos y cómo podrían ser para que la áspera lucha de la existencia fuera menos penosa y más fecunda?

¿Cómo son las mujeres, de cuyo amor necesitamos y de cuya solidaridad habemos menester?

Vaya por la frase consabida, pero exacta, de que andamos retrasados en la cultura; de que otras naciones nos llevan la ventaja de un siglo.

Mas si ahondásemos en busca de las causas, hallaríamos que es de muy compleja índole el asunto.

No hay más remedio que hablar de lugares comunes: el temperamento de nuestra raza, la calidad de nuestros gobernantes, la herencia de fanatismos, la intolerancia, las preocupaciones, el sistema de enseñanza, la organización familiar, el espíritu y la letra de nuestras leyes...

Vuelvo á pedirle perdón, señorita: se me han deslizado estas vulgaridades; pero no hay otro medio de explicarse el estado de cultura en que nos encontramos, y por el cual lamentará usted la inferioridad de nuestros hombres; Maeztu la de nuestras mujeres.

Hace costar en su «Memoria lúgubre» el gobernador general que, apesar de todas las medidas tomadas contra felinos y serpientes, no decrece su número de fechorías. Si esto es así, ¿cómo esperar que puedan gozar tranquilamente de la vida los habitantes de esas regiones infestadas de toda suerte de inconscientes asesinos?

Entre las fieras, son los tigres los que más daños causan. Leopardos y panteras no tienen el descaro del que llaman los indígenas el «Rey de los juncales.» Cuando panteras y leopardos no hallan la anhelada presa dentro de sus dominios selváticos, tienen la paciencia de aguantarse y padecer hambre. Extreman sus celadas, procuran que los animalitos inofensivos que forman los platos de resistencia de sus *menús* diarios no puedan olfatearles, tratan de caer de improviso sobre sus víctimas. Además, y por regla general, no atacan nunca al hombre aun cuando pase al alcance de sus zarpas. Los tigres, en cambio, como si tuvieran conciencia del poder formidable que les dió la naturaleza, ó como si supieran el terror que su sola presencia produce, no vacilan en salir á campo raso.

Los que han probado carne humana la buscan y cazan preferentemente. Hace pocos años había en un distrito rural del norte de Benarés una aldea de unos doscientos vecinos. Una pareja de tigres tuvo la humorada de hacer su aparición por los contornos. Primeramente se limitó á devorar el ganado, después se comió á los pastores cuando no andaban listos en huir; y por último, con un descaro indecible, invadió la formidable pareja las calles de la aldea, causando tremendos destrozos entre los habitantes y obligando á que éstos emigraran en masa hacia Kandapoor.

Pero en el mismo exceso de terror que producen hallan los tigres su castigo. Las autoridades británicas entregan cincuenta guineas por cada piel de tigre que se les presenta. Y como la miseria es grande en el Indostán, y los tigres son muy atrevidos, acostumbran á pagar tarde ó temprano con la vida sus fechorías.

En la misma estadística que antes cito van las cifras de tigres, leopardos y panteras que perecieron «dando cara al enemigo». Los tigres fusilados ó cazados con trampa ascienden á 227, durante el último año; sólo se ha dado muerte, en cambio, á 36 leopardos y 47 panteras.

En los distritos que van poblándose y donde aumentan las zonas de cultivo, las serpientes desaparecen. En las comarcas donde no ejercen autoridad directa los europeos, parecen aumentar por lo contrario.

MARCO POLO.

De actualidad

DE LA PENÍNSULA

Los argentinos marcharán á Italia y Francia; regresarán en Febrero para recoger el jarrón y traerlo á Madrid y entregarlo á la reina.

Firmóse la autorización del Gobierno para ratificar el tratado de comercio con el Japón después de la venta á los Estados Unidos de Sibutu, Cagayán y Joló.

Acordóse que en la madrugada de hoy salga del Ferrol el *Carlos V* para representar á España en la demostración naval en honor de la reina Victoria.

Dicen de Barcelona que una comunidad religiosa compró en Tarrasa importante colegio. En los conventos continúan los trabajos para alojar á los religiosos que emigran de Francia.

A los efectos de la ley de asociaciones, eligense terrenos para establecer los noviciados.

Comunican de Barcelona que los carlistas detenidos en los D. ks formulan enérgicas protestas contra su supuesta participación en la algarada última.

La Junta de la Unión Nacional ha dirigido carta á todas las Sociedades de provincias para que presten adhesión á la de Zaragoza.

Reunióse la Junta directiva de la Liga Marítima. Después de discutido ampliamente se aprobó el Reglamento de la misma.

El miércoles regresa á Madrid Romero Robledo.

En Barcelona comentóse el discurso de Ruñol pronunciado en el Fomento del Trabajo, diciendo que debe buscarse, además de la autonomía administrativa, la política.

El *Heraldo* publica declaraciones de Paraiso en Zaragoza con impresiones favorables á la última campaña. Ratifica el programa de la Unión, y dice que se someterá á la opinión en espera del deslinde de campos.

Son infructuosas las gestiones de Silvela para aproximación del duque de Tetuán. Preguntado por el resultado, contestó que Tetuán es inmovible y parece un D. Tancred político.

Coméntase la entrevista de Linares con la Regente, y se relaciona con los nuevos mandos militares.

En el consulado argentino de Barcelona dióse un banquete al intendente de Buenos Aires. —Libertados los obreros detenidos anoche en el escándalo del teatro Romea. —Los archiduques han visitado la iglesia de Santa María del Mar y el *Pelayo*. El alcalde ha enviado ramos á las archiduchas.

DEL EXTRANJERO

Dicen de Nueva York que se considera inminente la ruptura entre Inglaterra y Venezuela.

Se ha verificado en París un duelo entre Sanmalato y Lamothe, resultando éste herido de sable en el antebrazo.

El gobierno portugués ha nombrado al Conde de Visiedo, un almirante y un general, para que formen la embajada extraordinaria en la boda de la princesa.

Calcúlase en 17,000 los frailes que hay en Francia.

La prensa radical pide que los bienes se confisquen y se dediquen al mejoramiento obrero.

De Lisboa salió el rey Carlos con dirección á Londres.

En San Petersburgo el periódico *Rossia* excita á Guillermo II á que pida el arbitraje en la cuestión del Transvaal.

En Berlín comentáse un artículo de la *Gaceta Alemana*, el cual dice que el rey Eduardo fué siempre enemigo de Alemania.

Portugal enviará tropas á Delagoa para custodiar la frontera del Transvaal; indirecto auxilio á los ingleses.

El *Times* inserta telegramas de Washington diciendo que el problema filipino se agrava, siendo difícil la pacificación.

Dicen de Milán que mañana serán los funerales de Verdi.

El obispo de Niza ha rehusado la Legión de Honor.

En Bisburgo los boers coparon un destacamento inglés.

Dewet ha entregado á los boers dinamita para que vuelen las líneas férreas.

Expulsadas de Pretersburgo las familias inglesas.

En Hull se ha registrado un nuevo caso de peste bubónica.

El ministro de la Guerra

Mayor efecto si cabe ha producido en ciertas esferas el nombramiento del general Borrero para la capitania general de Aragón, que causó el del general Weyler para la de Madrid; y los ministros que no fueron informados se sorprendieron como si de cosa desusada se tratara, cuando precisamente esta misma causa produjo la caída de Silvela.

El ministro de la Guerra nos parece hombre de pensamiento y de propósitos, acaso desacertado, pero que tiene un plan y camina derecho á su desarrollo y á su planteamiento. A las observaciones que por alguien se le hicieron, no sabemos si á causa de la significación política de los generales propuestos para determinados cargos y apartamiento de ciertas esferas, contesta con el desembarazo propio de quien sabe á donde va y tiene estudiado y previsto lo contingente, que en el Estado mayor general debían ocupar los mandos todos los generales, porque esto es lo justo, y lo que quitará todo motivo de disgusto en el ejército.

Bargés y Bazán en la Junta consultiva. Luque en Andalucía. Borrero en Aragón. Melguizo en Vizcaya. Fernández Bernal en otro mando importante. Ascendido Loño, y Weyler Capitán general de Madrid, son la demostración más elocuente de que el ejército no puede, no debe ser privilegio de algunos afortunados que estuvieron sucesivamente desempeñando los mandos de toda clase, privándose en cambio á ciertos generales de mando activo por recelos é injustificadas suspicacias.

Otros ejemplos pudiéramos citar, pero basta con los nombres designados para conocer el pensamiento del ministro, informado en principios de justa equidad por lo que al alto personal se refiere.

¿Es que el general cuenta todavía con que sus reformas han de aprobarse, y como es natural, procura rodearse de órganos adecuados al mejor éxito de las mismas? No lo sabemos.

La crisis en que está el Gobierno desde que se constituyó, planteada ya de una manera resuelta en el último consejo de ministros, y aplazada hasta que se realice el suceso que ocupa la atención de los poderes del Estado, puede tener un desarrollo grande y dar la caída al partido conservador, en cuyo caso todos los proyectos, el pensamiento íntegro del general Linares quedarán en el archivo, como quedaron también las reformas de Cassola, sin que nadie haya vuelto á hablar más de ellas.

Si no caen los conservadores y reorganiza Azcárraga el ministerio prescindiendo del actual ministro de la Guerra, ó forma Silvela situación sin contar con el concurso del general Linares, ¿qué hará el ministro de la Guerra y los patrocinadores de sus reformas? Las reformas no es la obra aislada de un ministro. Las ha aprobado un gobierno del partido de Unión conservadora; las Cortes, en general, las han recibido bien, y el país confiaba en que esto pudiera ser algo como el primer paso para llegar á nacionalizar el ejército.

Por esto decimos que hará el general Linares qué suerte correrán sus reformas. Si mantendrá su pensamiento y sus propósitos sin dejar otra cosa que el recuerdo de su paso por el ministerio, tan ineficaz como el de la mayoría de sus antecesores.

No ahondemos más en este asunto. El general Linares ha presentado sus proyectos de reorganización, del ejército y paralelamente con ellos ha ido colocando las piezas principales en e-

tablero, para desenvolver su acción acertadamente. Faltan todavía los alfiles y otras piezas indispensables para completar el plan, y falta que le den tiempo y materiales adecuados, y que los sucesos políticos que se anuncian le dejen tiempo necesario para ello.

Nosotros seguimos atentamente esta cuestión importantísima, y observamos en silencio lo que conviene al país y á los altos fines de la nación, de las instituciones liberales, para bien del ejército.

A.

Crónicas teatrales

«EL CÓDIGO DE LOS LOCOS»

No hay nada que amargue tanto como hacer crítica á las obras del amigo, ni cosa peor que la adulación fingida. Por eso anoche, cuando cayó el telón, terminado el tercer acto de *El código de los locos*, y las hermosas esperanzas que hicieron concebir el segundo quedaron defraudadas, tenemos ingenuamente que confesar que la decepción fué dolorosa. No había ya motivos de entusiasmo. La pluma que trazó las escenas interesantes y teatrales del segundo acto debió llegar en igual tesitura hasta el final, no apartarse de los derroteros de la verdad tan hábilmente tocada, para entrar en los del falseamiento. Balgación pudo hacer una comedia de éxito indiscutible y... no ha querido. Le faltó á última hora la convicción de sus propios ideales.

El asunto de la obra no encierra ninguna novedad. Es el amor que une dos corazones sin reparar la desigualdad social que existe entre el hombre pobre y la hembra rica y de linajada estirpe. Pero Balgación hace vacilar en dos ocasiones á la enamorada que presenta, y eso no puede ser. Desde el momento en que aquello ocurre está falseado por completo el carácter de *Ana Rosa*. Lo mismo acontece con el *Conde*, padre de la enamorada. Este, que durante las escenas del segundo acto se mostraba ufano y satisfecho del partido que la *Condesa* había buscado á su hija, aun conociendo la vida libertina de aquel aristócrata *memo*, y la diferencia de edad que había entre *Ana Rosa* y su futuro esposo, no pudo cambiar tan radicalmente de opinión al sorprender el amoroso idilio de aquella con *Lorenzo*. Y decimos que no pudo, porque el autor nos presenta durante los dos primeros actos al *Conde* como un soñador de sus grandezas y pergaminos, frente á su hermano (el tipo más simpático de la obra), que defiende en los hombres la nobleza de corazón contra á la de la sangre, y que filosofa exponiendo argumentos indestructibles á los falsos que el conde presenta para defender sus teorías. Estas ya hemos dado á entender que se refieren á la división de castas, á la forzosa unión del aristócrata con el aristócrata. Y quien tal cosa sostiene, ¿cómo pensar que varíe de criterio por el solo hecho de haber sorprendido á su hija en los brazos de su secretario? En aquellos momentos lo arroja, sí, á la calle, pero lo arroja instándole á volver á su casa para pedir la mano de *Ana Rosa* cuando haya conquistado para ella un mundo, cosa no difícil en *Lorenzo* que posee una brillante inteligencia y un amor al trabajo y al estudio desmedido.

Desde este momento el interés de la comedia decae. El público, que esperaba otra manera de resolver el problema, sufre la decepción, que desde luego puede asegurarse *nuola* el éxito de *El Código de los locos*. Ya no aparece más la inteligencia que pensó el artificio, aunque de seguro efecto, final del primer acto, ni las notabilísimas escenas del segundo.

Balgación recurre á efectos melodramáticos desacreditados para llegar al desenlace. Tras el diálogo entre el *Conde* y *Lorenzo*, hace entrar en escena al hermano de aquél, conocedor ya de amores y casi amparador de ellos, y á un *marqués* protector de *Lorenzo*. Estos se enteran de lo ocurrido y convienen en que antes de salir de la casa debe despedirse el enamorado joven de *Ana Rosa*. Celébrase la entrevista, á la que asisten todos los personajes, incluso la condesa, la cual protesta de lo hecho por su marido, é insiste en que su hija casará con el novio que ella le ha buscado.

Se pide, para resolver el asunto, su opinión al *Marqués*, y ¡zas! éste cuenta una historia terrorífica del padre de *Lorenzo*. Dice que fué un perdido que acabó sus días en el penal de Santona por asesino, y, por tanto, el enlace lo juzga imposible.

El joven cae anonadado ante la revelación de la historia del autor de sus días, por él desconocida, y viene un diálogo acerca de si la deshonra y el honor se heredan ó se adquieren por los propios actos del individuo.

Ana Rosa, después de repudiar otra vez á *Lorenzo* ante el conocimiento de lo que fué el padre de éste vuelve á escena para decirle que lo ama que vaya á buscar en la lucha de la vida un nombre y una posición, y que ella le será fiel durante la ausencia. Que las negruras del pasado se borran, del mismo modo que todo se extingue ó desaparece.

Y así termina la primera comedia que don Pedro Balgación ha dado al teatro con el título de *El Código de los locos*.

**

Hay en la comedia que anoche se estrenó en el teatro San Fernando las inexperiencias del autor novel; pero hay allí la revelación de que quien la escribió puede hacer mucho y bueno en la dramática. El segundo acto, ya lo hemos dicho, está hecho de mano maestra.